

consejo. No ignoraba este malvado que el pueblo de Israel estaba bajo de una proteccion especial de Dios, mientras la merecia su virtud, y solo perdiendo esta proteccion por sus culpas podia ser vencido y destruido. Con este conocimiento dijo á Balac, que para deshacerse de la vecindad de Israel que tanto le incomodaba, veía un arbitrio que seria mas seguro que el de las maldiciones, y se le propuso diciendo : que los Israelitas tenían una prohibicion rigurosa de comunicar con las demás naciones, sobre todo en asuntos de religion, y de tener comercio alguno con mujeres extranjeras : que, á pesar de esto, eran muy propensos á los cultos de los ídolos, y que no serian indiferentes á los atractivos de las mujeres madianitas y moabitas : que su consejo era, que se les convidase á sus diversiones y tambien á sus sacrificios : que sus mujeres é hijas se dejasen ver con todos sus adornos y atractivos ; y que conseguido una vez que se prendasen de ellas, luego serian sus idólatras y tambien de sus ídolos ; y que desamparados de Dios por estos delitos, fácilmente serian vencidos y destruidos.

Ejecucion del consejo.

Tomó Balac el consejo, y los hijos de Israel que no sabian el lazo que se les armaba, cayeron en él en gran número. Aun se hallaban en las campiñas de Moab sin pensar en las maldiciones de Balaan, ni en las inquietudes de Balac, cuando las mujeres mas hermosas de Moab y de Madian, adornadas al descuido y con cuidado, se presentaron á la vista de los campamentos de Israel con pretexto de vender y comerciar, y convidaron á los Israelitas, segun el consejo de Balaan, á que concurriesen á sus diversiones y fiestas. Al principio fueron algunos á ellas por curiosidad, pero poco á poco se fué aumentando la concurrencia por la incitacion y mal ejemplo de los primeros. Se pasó de las diversiones á

los tratos, de los tratos á las fornicaciones y de estas á la idolatria. Concurrieron á sus templos, comieron de las carnes sacrificadas á los ídolos y los adoraron, y en fin se consagraron á Beelfegor su dios principal. Madian y Moab entraron en las tiendas de Israel, y la disolucion se extendió por los campamentos y llegó á tocar en las cercanias del tabernáculo.

Castigos del Señor.

Entonces irritado el Señor, dijo á Moises : Toma todos los príncipes del pueblo y cuélgalos en patibulos delante del sol para que se aparte mi furor de Israel. Estos príncipes ó no habian detenido el contagio, castigando á los que le extendian, ó tal vez algunos de ellos le propagaban, y el Señor quiso exponer colgados al sol del mediodía á los caudillos escandalosos ó descuidados de cortar el escándalo, para que todo el pueblo viese el castigo y se contuviese. Quiso además castigar á todos los que ya se habian entregado á la disolucion é idolatria, y para esto mandó á Moises que dijese á los jueces de Israel : Mate cada uno á sus prójimos que se han consagrado al ídolo Beelfegor. Mas cuando se intimaba esta orden, ó acaso ya se ejecutaba, hé aquí que uno de los hijos de Israel, llamado Zambrí, caudillo de la tribu de Simeon, entró, á vista de sus hermanos, á una mujer madianita, llamada Cozbi, hija de Sur, príncipe nobilísimo de los Madianitas, viéndole Moises y todos les hijos de Israel que lloraban á la puerta del templo los estragos que á este tiempo hacia en los criminales la peste con que Dios les castigaba.

Celo de Finees.

Entonces Finees, hijo del sumo sacerdote Eleazar, ar-

rebatado del celo de la honra y gloria de Dios, se levanta de en medio de la multitud, y tomando un puñal, entra tras del Israelita en el burdel, y de un golpe atraviesa á los dos, á Zambri y á Cozbi, y los cose con la tierra que sostiene su delito. Este valiente hecho del celoso Finees aplacó la ira del Señor, desarmó su brazo justiciero y mereció que cesase la plaga que desolaba á los hijos de Israel : mas ya habian muerto á este tiempo veinte y cuatro mil criminales, colgados unos en los patíbulos, acuchillados otros por los jueces de Israel, y víctimas los restantes de la peste que habia enviado el Señor para acabarlos.

Encargo de castigar á los Madianitas.

Con esto habia castigado el Señor los delitos de su pueblo, pero no los de los Madianitas y Moabitas que les habian provocado á cometerlos, y estos idólatras merecian bien que se les pidiese cuenta de la sangre de Israel, derramada por su causa. Encargó, pues, el Señor á Moisés que castigase á los Madianitas porque habian tratado enemigamente á los hijos de Israel, poniéndoles asechanzas. Nada se dice aquí de los Moabitas, compañeros de los Madianitas en la seducción de Israel. Acaso fueron menos criminales, porque no enviaron otra Cozbi á los campamentos, y quizás por esto dilató el Señor su castigo ; pero fuese el motivo que quisiese, lo que sabemos es, que Moisés fué encargado de castigar solamente á los Madianitas.

Recuento de Israel.

Mas quiso el Señor que hiciese antes el recuento de los hijos de Israel de veinte años y arriba, para saber el número de combatientes que iban á conquistar la tierra prometida, y proporcionar el repartimiento de ella al número de cada tribu ; y resultaron seiscientos y un mil

setecientos y treinta. En el que se hizo en el desierto del Sinaí el primer dia del segundo mes del año segundo de la salida de Egipto, se hallaron seiscientos tres mil quinientos y cincuenta, y todos, excepto Josué y Caleb, habian muerto ya en el desierto por el desprecio que hicieron de la tierra prometida, prefiriendo á ella la cautividad de Egipto. Lo que admira aquí es que solo resultaron en este recuento mil ochocientos y veinte combatientes menos que en el anterior, habiendo muerto tantos en los castigos que habian provocado en el tiempo que medió de uno á otro, con sus murmuraciones, rebeliones, idolatrías y prostituciones ; pero el Señor cuidó de mantener en buen pié el ejército que destinaba á la conquista de la tierra prometida.

Mandato á Moises de subir al monte Abarin.

Concluido el recuento y declarados los casos en que debian entrar las mujeres en el repartimiento de ella, dijo el Señor á Moisés, que subiese al monte Abarin para ver y contemplar desde aquella altura la tierra que habia de dar á los hijos de Israel, y despues que la hubieres visto, añadió, irás tú tambien á tu pueblo, como fué tu hermano Aaron, porque me ofendisteis en el desierto del Sin en la contradiccion de la multitud y no me quisisteis santificar (glorificar) á vista de ella sobre (manar de una peña) las aguas. Esta era la sentencia lastimosa que ya habia costado á Aaron la vida, y á Moises tantas lágrimas y súplicas, y sobre la cual no le era ya permitido volver á suplicar. Reconoció Moisés la justicia de esta sentencia y que debia expiar con la privacion de entrar en la tierra de promision, á cuyas márgenes se hallaba el agravio que habia hecho su flaqueza á la gloria del Señor, se humilló en su divina presencia, adoró sus justos juicios, y no pensó ya en otra cosa que en concluir, en el mes que le restaba de vida, los preparativos para la entrada de Israel en la tierra prometida.

Eleccion de Josué.

Como Moisés iba ya á morir , era de lo mas urgente elegir un sucesor para que su amado pueblo no quedase abandonado como ovejas sin pastor. Se dirigió, pues, al Señor y le suplicó que proveyese de un hombre que dirigiese aquella multitud , la introdujese en la tierra prometida, la gobernase, caminase á su frente y la llevase á las victorias en la multitud de batallas que exigia su conquista. El Señor oyó benignamente su oracion y le dijo : Toma á Josué, hijo de Nun, varon en quien háy espíritu y pon tu mano sobre él. La eleccion no podia ser mas conforme á los deseos de Moisés , ni mas conveniente á los hijos de Israel. Cuarenta años habia que Josué era ministro, discipulo y confidente del santo legislador. Siempre habia procurado imitar sus virtudes y se habia presentado defensor de su honor y de su gloria : siempre habia vivido unido á su santo maestro y en todas las ocasiones importantes se le habia visto á su lado, ó para ejecutar sus órdenes, ó para participar de sus trabajos. Siendo ya de noventa y tres años habia tenido buen tiempo para estudiar en la escuela de Moisés el modo de gobernar á los hijos de Israel. Su valor en las guerras contra los Amalecitas, contra el rey Arad, y contra los reyes de Sehon y Og, le tenia acreditado de un consumado general, y su fidelidad en la honrosa comision del reconocimiento de la tierra de Canaan le habia merecido la estimacion de todos los Israelitas. Conocia el genio de la nacion y era amado de ella. Una aplicacion constante y una continuada experiencia le habian hecho capaz de todos los negocios, y habiendo de perder la nacion á Moisés, no se podia hallar otro mas á propósito para gobernarla y conducirla con la prudencia, celo, paciencia y amor que lo hacia su gran maestro.

Por estos antecedentes se puede hacer juicio del consuelo con que Moisés ejecutaria la orden del Señor para

la inauguracion y posesion de un sucesor de este carácter. Declaró, pues, á Josué que la muerte iba á juntarle con sus padres y hermanos , pero que moria consolado, porque dejaba por conductor de su amado pueblo al hombre que mas amaba , y á quien habia instruido con mas esmero. Que él era el dichoso á quien habia tocado la gloria de concluir la obra del Señor que su maestro habia principiado y conducido hasta aquel momento, y que aun pedia la empresa hasta concluirla grandes afanes y trabajos, y el genio de la nacion una prudencia consumada y una paciencia invencible; pero que todo tendria un suceso feliz si caminaba con una confianza sin límites en el Señor , y observaba un cumplimiento exacto de sus divinas órdenes.

Despues de estos sábios consejos , Moisés convocó al pueblo , y luego rodearon al santo legislador el gran sacerdote Eleazar, los ancianos de Israel y los príncipes de las tribus. Entonces presentó Moisés á Josué delante de toda la multitud, y declaró la eleccion que Dios habia hecho de él para sucesor suyo. Hizo presente á Josué la vigilancia con que debia cuidar del pueblo, y á este la sumision con que debia obedecer á su nuevo conductor. Tambien encargó á Josué y Eleazar que viviesen estrechamente unidos, porque de la union del jefe y del sacerdote pendia el bien de la nacion. Finalmente Moisés puso sus manos sobre la cabeza de Josué, y con esta demostracion le asoció consigo para el gobierno de Israel, que antes de un mes pondria enteramente en sus manos. La nacion entre el consuelo que la causaba la eleccion de Josué, á quien principiaba á mirar ya como su dueño, y el dolor que sentia de verse privada de Moisés, á quien no empezó á estimar bastantemente hasta que se vió en vísperas de perderle, se quedó con su nuevo conductor, con los ancianos y con los príncipes en el recinto del templo, y Moises se entró en el santuario á ofrecer al Señor con entera resignacion el sacrificio de su vida; pero el Señor le dijo : Venga primero á los hijos de Israel de los Madianitas y despues serás recogido á tu pueblo.

Castigo de los Madianitas.

Moisés salió del tabernáculo y luego trató de cumplir la órden que recibia del Señor. Mandó, pues, que se armase el ejército para castigar á los Madianitas, pero no todo, porque bastarian para aquella guerra mil soldados de cada tribu. Solamente fué difícil la elección por el apresuramiento con que cada uno se ofrecia para ser escogido. Se hizo, pues, la elección con toda presteza, y luego se presentaron á Moisés doce mil valientes, sacados de todas las tribus y bien armados. Moisés encargó esta guerra á Finees que, en cierto modo, la habia principiado cuando trasposó con su puñal á Zambri y la Madianita. Era Finees jóven celoso y valiente, de lo que tenia dadas solemnes pruebas. Se puso al frente de su tropa de doce mil hombres, y llevando delante el arca santa, segun habia dispuesto Moisés, fué á buscar á sus enemigos. No los sorprendió, porque el temor los tenia siempre prevenidos y prontos á defenderse. Regularmente supieron el corto número que iba contra ellos, y teniendo para hacer frente y batirlos un ejército incomparablemente mayor, contaron por tan segura la victoria, que creyeron los cinco príncipes ó pequeños reyes de Madian, que ningun peligro corrian en ponerse al frente de su numeroso ejército. Hasta el mismo Balaan, que habia vuelto de la Mesopotamia á recoger el fruto de su detestable consejo, se incorporó con las tropas para tener el gusto de ver derrotar en las llanuras un pueblo que no habia podido maldecir desde los montes. Se dió la batalla, y la victoria no estuvo dudosa ni un solo momento. Fueron deshechos los Madianitas, y quedó el campo sembrado de cadáveres. Entre ellos se encontraron los cinco reyes, siendo uno el padre de la Madianita, á quien, á mas del interés comun, habia traído el particular de vengarse de Finees por la muerte vergonzosa que habia dado á su hija. Tambien se halló Balaan muerto á filo de es-

pada : justo castigo de un hombre á quien no habian hecho un santo las santas profecias que Dios habia puesto en sus labios.

En seguida se extendió el ejército por sus ciudades, pueblos y castillos. Tomó prisioneras sus familias, se apoderó de sus muebles y ganados, y se volvia al campamento con un botin inmenso, cuando en el camino tuvo el mas agradable encuentro. Moisés, Eleazar y todos los príncipes del pueblo, que ya sabian su triunfo, salieron á recibirle y darle la enhorabuena de tan completa victoria. Y Finees y sus generales les saludaron con el mas profundo respeto, y les presentaron los ricos despojos y numerosos rebaños de todo género de ganados que habian tomado á los Madianitas en una guerra tan justa. El ejército hizo alto y permaneció siete dias fuera del campamento para purificarse, segun mandaba la ley. En este tiempo tambien purificaron con el fuego las alhajas que podian sufrirle sin destruirse, y con el agua de la purificación todas las demás. Cumplida en este punto la ley, entró el ejército victorioso y triunfante en el campamento y recibió de todo el pueblo los parabienes y las aclamaciones mas vivas y afectuosas. Hubo, sin embargo, en esta jornada un hecho al parecer riguroso. Se empleó el hierro tambien en las mujeres. Fueron pasadas á filo de espada todas la que habian conocido hombre, y solo se perdonó á las que se habian conservado vírgenes y á las niñas. Esto fué terrible, pero muy justo. Ellas eran las que habian hecho pecar á Israel, y su sangre impura era la que principalmente habia ido á verter el ejército.

Inventario y repartimiento de lo tomado á los Madianitas.

Tuvo Moisés órden del Señor para hacer, en union con el sumo sacerdote Eleazar y los príncipes del pueblo, un inventario de las cosas que habian sido cogidas, y de

dividir las en dos partes iguales : una para los que fueron á la guerra, y otra para los que quedaron en el campamento. Tambien le tuvo de separar una de cada quinientas cabezas, tanto de personas como de bueyes, asnos y ovejas que hubiesen tocado á los que fueron á la guerra y de entregarla al sumo sacerdote Eleazar, porque eran, dice el sagrado texto, las primicias del Señor; y otra de cada cincuenta que tocasen al resto del ejército y de dársela á los levitas que estan, añade, de centinela en las guardias del tabernáculo del Señor. Hizose el inventario y apenas se comprende cómo subió tanto el número en una guerra hecha por doce mil hombres solamente y concluida en unos cuantos dias; porque resultaron seiscientas setenta y cinco mil ovejas, setenta y dos mil bueyes y setenta y un mil jumentos. Las esclavas, reducidas á las doncellas y niñas, eran treinta y dos mil.

Ofrenda militar.

Por lo que toca á oro, plata, ricos muebles, vestidos y demás tomado, fuera de las personas y los animales, todo quedó á los oficiales y los soldados que lo habian cogido, sin que entrase en la particion este género de despojos; pero el reconocimiento de los combatientes consagró al Señor la mas preciosa parte de ellos. Habiéndose hecho la revista de su pequeña division, se halló que ni un solo hombre faltaba de los que habian ido á la guerra, y entonces los principes del ejército, los tribunos y centuriones vinieron á Moises, y le dijeron enajenados de gozo: Nosotros, vuestros siervos, hemos revisado el número de combatientes que hemos tenido bajo de nuestra mano (á nuestras órdenes) y ni uno solo ha faltado. Por esto cada uno de nosotros ofrecemos don al Señor el oro que hemos podido hallar en despojo, collares y brazaletes, anillos y manillas, gargantillas y demás para que lo ofrezcais al Señor y rogueis por nosotros.

Admirado Moises de los sentimientos de religion de estos valerosos militares, recibió sus dones de parte y en nombre del Señor, los puso en manos del pontífice, y se halló que pesaban diez y seis mil setecientos y cincuenta siclos de oro (un millon trescientos y cuarenta mil reales). Ofrenda tanto mas grata á su Majestad, cuanto era de la porcion que cada uno tenia derecho á reservar, como fruto de su valor y precio de los peligros en que habia puesto su vida. Moises y Eleazar llevaron este precioso don al tabernáculo del testimonio para que fuese una memoria de las misericordias del Señor sobre su ejército, y de la gratitud de los soldados por la proteccion que les habia dispensado.

Estado de Israel.

Hallándose en tan feliz situacion los negocios y teniendo tan buenas tropas, ¡qué sucesos tan dichosos no pudiera prometerse Moises, si hubiera querido el Señor continuar sirviéndose de él para la conquista de la tierra prometida! Pero el santo hombre no se alimentaba ya con estas esperanzas, y solo veía acercarse el dia en que habia de entregar al nuevo jefe y al pontífice de la nacion el gobierno de Israel y la conquista de Canaan. Ya estaban exterminados ó arrojados los Amorreos de la tierra prometida que habia antes del Jordán, castigados los Madianitas, intimidados los Moabitas y atemorizados todos los pueblos que les rodeaban. La multitud de los combatientes de Israel se habia renovado enteramente. Mas de seiscientos mil soldados que la componian, estaban hechos ya á la guerra en repetidos combates y batallas, se hallaban en el vigor de su edad y solo esperaban enemigos que vencer y tierras que conquistar. Tenia Israel un buen consejo, excelentes generales, el camino abierto, y lo que era sobre todo á su Dios favorable. Tal era el estado en que iba Moises á entregar

á Josué el pueblo que habia gobernado cuarenta años con una sabiduría y prudencia mas que humana, y conducido por un camino lleno de portentos.

Peticion de las tribus de Ruben y de Gad.

Pero aunque restaban á Moisés pocos dias en que vivir, le faltaban grandes asuntos que terminar. La tribu de Ruben y de Gad tenian muchos ganados, y la tierra cananea que se habia conquistado de este lado del Jordán era montuosa y muy á propósito para su mantenimiento. Con este motivo los príncipes de estas tribus se presentaron á Moisés, al sumo sacerdote Eleazar y á los demás príncipes del pueblo, y dijeron : la tierra que hirió el Señor á vista de los hijos de Israel es un país feracísimo para pasto de ganados y nosotros tenemos muchísimos. Te rogamos, añadieron, dirigiéndose á Moisés, que nos la des para habitar en ella y que no nos hagas pasar el Jordán. Moisés, al oír que no querian pasar el Jordán, les respondió lleno de sentimiento y enojo : ¡ Pues qué ! ¿ irán vuestros hermanos al combate, y vosotros os quedaréis aquí sentados ? ¿ Porqué trastornais los ánimos de los hijos de Israel para que no se atrevan á pasar al lugar que les ha de dar el Señor ? ¿ Acaso no hicieron lo mismo vuestros padres cuando envié desde Cadesbarne á reconocer la tierra (prometida) ? La reprensión era fuerte, pero justísima. Todo Israel habia conquistado los reinos de Hesebon y Basan que estos diputados querian para sí, sin tratar de pasar el Jordán con sus hermanos á conquistar con ellos las tierras que estos habian de poseer, y esto era harto injusto. Por otra parte introducian la desunion en el ejército y daban motivo á que no pasase el Jordán y entrase en la tierra de Canaan, como habian hecho los diez cobardes exploradores en Cadesbarne. Pero los príncipes de las dos tribus, sea que realmente no quisiesen pasar el Jordán, sea que se hubiesen explicado mal,

al oír una contestacion tan terrible, volvieron á tomar la palabra y dijeron á Moisés : que ellos de ningun modo trataban de separarse del ejército ; que estaban dispuestos á pasar armados el Jordán, marchar al combate con los hijos de Israel sus hermanos, y no dejar las armas hasta ponerlos en sus posesiones ; que lo que suplicaban era que se les diesen aquellos dos reinos que eran tan á propósito para mantener sus ganados ; que desde luego renunciaban todo derecho á lo demás que se conquistase al otro lado del rio : pero que deseaban que sus familias no tuviesen que sufrir las penalidades de la conquista, ni servir de peso á los conquistadores ; que levantarían los muros de las ciudades fuertes que habian derribado al tiempo de la conquista ; que en ellas quedarían sus padres, sus mujeres, sus hijos, y todos los que pertenecían al alistamiento del ejército sin peligro de que les sorprendiesen sus enemigos ; y que en esta inteligencia y bajo de estas condiciones se entendía su solicitud.

Concesion de la peticion.

Ninguna cosa mas puesta en razon ni mas generosa que la declaracion que hacian las dos tribus. Moisés quedó gustosamente satisfecho con ella, y dió á los hijos de Gad y de Ruben los reinos de Hesebon y de Basan, con todas sus ciudades y contornos. En seguida se pasó al repartimiento entre las dos tribus, y se halló que era muy grande la porcion que tocaba á cada una con respecto á lo que restaba que repartir entre las otras diez, y Moisés separó hácia el nacimiento del Jordán un terreno correspondiente á media tribu y le dió á la media de Manasés. Era este terreno el mas setentrional al oriente del Jordán y se llamaba el país de Galaad, cuyo nombre mantuvo siempre y algunas veces se dió á todo lo conquistado á este lado del rio, llamándolo *país de Galaad*. Así dispuso Moisés de los dos reinos tomados á

los Amorreos á la izquierda del río, y dejó á Josué reglas para la distribución de los demás reinos que se iban á conquistar á la derecha.

Segunda publicacion de la ley.

Como el pueblo de Israel era casi todo nuevo, y por consiguiente, ó no habia estado presente en el Sina á la publicacion de la ley, ó no se habia penetrado bien de ella en una edad poco capaz de reflexion cual era de veinte años abajo, puesto que los de veinte años y arriba, todos, excepto Josué y Caleb habian muerto en el desierto, quiso el Señor que en la soledad y quietud de las campiñas de Moab, y antes que principiase el estrépito de las armas, se hiciese una segunda publicacion de la ley á toda la multitud de los hijos de Israel; que se les reencargase encarecidamente su cumplimiento, del que pendia su felicidad temporal y eterna; y que se colmase de bendiciones á los que la guardasen, y cargase de maldiciones á los que la quebrantasen. Esta publicacion aun debia hacerse por el santo legislador; porque asunto de tanta importancia y consecuencia no pedia menos que la grande autoridad que le daban sobre Israel una edad de ciento y veinte y tres años, un gobierno de cuarenta, una conducta llena de prodigios, una sabiduría y prudencia consumada, y sobre todo su familiaridad íntima con Dios.

Se congregó, pues, todo Israel desde el mayor al menor, los hombres y las mujeres, los jóvenes y los ancianos, los padres y los hijos, todo el pueblo como si fuera un solo hombre: entonces Moisés se colocó en medio de la multitud y para prepararles desde luego con un temor santo y un santo amor al constante y fiel cumplimiento de la ley que iba á publicar, les refirió los principales sucesos del desierto, los continuos portentos que el Señor habia obrado en su favor, su mala corres-

pondencia, sus murmuraciones, sus quejas, sus rebeliones, y los castigos á que habian obligado á su divina justicia. Prevenidos de este modo, entró el santo legislador en la publicacion de la ley, y esforzando su voz, dijo: Oid, hijos de Israel, las ceremonias y juicios que yo hablo hoy en vuestros oídos: aprendedlos y cumplidlos. El Señor, Dios nuestro, hizo alianza con nuestros padres en Horeb. No hizo pacto solo con nuestros padres, sino tambien con nosotros que ahora somos y vivimos. Yo soy, dijo á todo Israel desde en medio de fuego y nube, yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre.

Mandamientos de la ley de Dios.

No tendrás dioses ajenos en mi presencia.

No te harás estatua ni semejanza de cosa alguna de las que estan arriba en el cielo, ni de las que estan abajo en la tierra, ni de las que estan bajo de la tierra en las aguas.

No las adorarás ni las darás culto; porque yo soy el Señor, Dios tuyo, Dios celoso, que retorno la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion en aquellos que me aborrecen, y que hago misericordia en muchos miles á los que me aman y guardan mis mandamientos.

No tomarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano.

No quedará sin castigo el que sobre una cosa vana tomare su nombre.

Guarda el día del sábado para santificarlo, como te lo mandó el Señor, tu Dios.

En seis días trabajarás y harás todas tus obras.

El sétimo es día de sábado, esto es, descanso del Señor, tu Dios.

Ningun obra harás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni siervo, ni sierva, ni buey, ni asno, ni alguna de tus